



Parámetro
Zero

ESCOLTA

DANIEL SALGADO BLANCO

Parámetro Zero: Escolta

Daniel Salgado Blanco

Escrito por Daniel Salgado Blanco.

Historia original por Diego García Ordás.

Parámetro Zero - Copyright © 2010-2022, Diego
García Ordás.

Escolta

Afuera de Valdasta, 23 de junio de 2027

Tobías colocó sobre la mesa un pequeño maletín con el logo de la empresa y lo abrió con cuidado. Con gesto de satisfacción comprobó su contenido: una pistola G-15 «Histéresis» junto con cuatro cargadores vacíos. Dos de ellos eran los originales de El Centro que se entregaban junto con el arma, mientras que los demás eran de otro fabricante, italiano, algo más ligeros y antiestéticos pero con la misma construcción robusta. El personal de la propia armería se los había proporcionado y no creía que fuesen a dar problemas. Los puso fuera, al lado del maletín, y cogió un par de cajas de munición CR1 de nueve milímetros de veinticinco cartuchos cada una. Comenzó la lenta y pesada operación de llenar los cargadores. «Tanto trabajo para que luego duren un suspiro», pensó. Cuando estuvieron listos les dio un pequeño golpe para asentar la munición. Metió un cartucho a mano por la ranura lateral auxiliar del arma, y pulsó el botón para alimentarlo en recámara. Después introdujo el cargador. La pistola fue a la funda de pernera, y activó el arco de seguridad que hacía las veces de bloqueo antihurto y seguro anticaída, todo en uno. Dos de los cargadores los guardó en sendas fundas de porte asidas al cinturón, en su costado izquierdo. El restante lo metió en el chaleco portaequipo, en uno de los bolsillos frontales. Con eso sería suficiente.

Se colocó las gafas de protección balística y los cascos, y se caminó hacia la línea, controlando la respiración tal y como le habían adiestrado a hacer para bajar las pulsaciones y relajar los nervios. Habría preferido un buen pitillo, pero no estaba permitido fumar en las zonas de fuego real. Ellos se lo perdían.

— Arma fuera. Guardia baja.

Había sido su instructor el que había dicho eso. No le había oído acercarse por detrás, pero podía ser bastante más sibilino de lo que su tosca constitución podría llevar a pensar. Obedeció y extrajo el arma de la funda, tomándose unos segundos para ajustar el empuñamiento a como le habían enseñado. Era incómodo al principio, ortopédico casi, pero era cierto que el arma se quedaba más quieta y los impactos se agrupaban. Colocó los pies y aguardó el pitido.

— ¡Fuego a discreción!

Pasaron diez segundos y no ocurría nada. Por fin se levantó un blanco, en el puesto 2, muy a su izquierda. Alzó el arma pero a medio camino se fijó en que era un inocente, una mujer con un bebé en brazos. Recuperó su postura inicial. Se imaginó la cara que pondría Germán si se le ocurría abatirla. Quizá hasta merecería la pena hacerlo, pensó riendo para sí mismo.

El silbato sonó de nuevo. Otra tensa espera, y por fin un nuevo cartón apareció justo enfrente de él. Este sí que era un «malo»: un encapuchado con un subfusil en las manos, apuntándole. Se abrió la veda. Tomó puntería y centró las miras, y justo cuando iba a apretar el gatillo sintió el golpe en la espalda. Se desestabilizó y dio un paso hacia delante, soltando el tiro sin querer, que fue a pegar contra una de las vigas de madera del techo de la galería. Maldijo con gran sonoridad.

— ¡Venga, vamos, vamos, no te lo pienses! ¡Elimina la amenaza!

Apuntó de nuevo y descerrajó dos disparos, un doble toque seguido, al pecho del «terrorista». Fueron bien agrupados. Bajó el blanco y él volvió a la casilla de salida. Lo peor era aguantar la regañina que le hacía sentirse un escolar.

— Has perdido el equilibrio porque tu postura no era la correcta. Se te ha escapado el disparo porque metiste el dedo antes de tiempo, anticipándote. Has podido matar a algún pobre transeúnte. Dos faltas.

Y no acabó allí. Sólo había consumido dos cartuchos, y aún le quedaban treinta y nueve. Era tan sólo el principio de una lenta agonía, por segunda vez en lo que llevaba de semana.

— Preparado.

Otro pitido, y luego otro más, intercalando agresiones imposibles de prever con un patrón aleatorio. Así hasta que los cuatro cargadores yacieron en el suelo vacíos y cubiertos por una fina capa de escarcha. Pasó revista al arma cuya pantalla indicaba que estaba totalmente descargada, confirmado a su vez por el minúsculo LED morado que se había encendido en su parte trasera. La devolvió a su funda y al soltarla se activó el seguro. Le dolían los dedos.

— Mejor. Lo vas cogiendo.

Se dio la vuelta mientras se quitaba las molestas protecciones de la cabeza. Las patillas de las gafas le habían hecho daño en las sienes, y dejado marcas. Lo odiaba.

— A este paso voy a hacer todo un guerrero de ti.

Miró a Germán de arriba a abajo otra vez. No se acostumbraba. Cincuenta años, calvo, hombros que le hacían tan ancho como alto y una enorme cicatriz que le cruzaba un lateral de la cara sempiternamente malhumorada. El responsable del Comando 7 de La Agencia hacía poco que había perdido a sus agentes en una operación fallida, quedando marcado por ello. Y aunque nadie se lo echase en cara, sabedores todos de su intachable carrera profesional entre las filas del selecto grupo, no dejaba de ser un duro golpe. Había sido militar primero, al igual que Winaja, y servido después en las filas de El Centro en la primera hornada de agentes que acudieron en defensa de unos valores hoy día ya algo caducos. Lidió en la contienda, de donde volvió con esa fea herida de recuerdo. Se la podría haber quitado, pero él no era así. La quería tener bien presente, cada vez que se mirase al espejo, para no olvidar.

Ascendió pronto a jefe de equipo, y por fin a comandante cuando sus piernas decidieron que ya habían tenido bastantes pateadas y saltos en paracaídas. Con eso dijo adiós a la acción directa y pasó a vivir las operaciones desde la retaguardia. No le enorgullecía, pero alguien tenía que hacerlo y La Agencia estaba por entonces muy necesitada de buenos líderes. Lo segundo más importante de los conocimientos, después de adquirirlos, es traspasarlos. Y ahora le daba el relevo a jóvenes como Tobías.

Tobías, que había comenzado el curso de agente procedente de la escuela de la calle. Tobías, que carecía de experiencia militar o policial de ningún tipo y de los más remotos conocimientos de táctica, estrategia y trabajo en equipo. Tobías, que replicaba a sus instructores con frecuencia, y se valía de todas las artimañas posibles para pasar las pruebas. Había sido un hueso duro de roer. Ni siquiera estaba seguro de haberlo conseguido del todo. El chico tenía valía, eso sí, y se presentaba como un diamante en bruto por tallar. Eran las últimas incorporacio-

nes a las fuerzas especiales de El Centro, el plan de instrucción había sido algo más apresurado de lo que acostumbraban por exigencias de Loui (odiaba que los directivos medraran en sus asuntos), y no les habían podido dedicar tanto tiempo como habría sido lo idóneo. Todo muy irregular. Se les habían asignado distintos maestros, porque aunque se creía que tenían mucho potencial trabajando juntos, decidieron que cada uno podría desarrollar de mejor manera sus peculiaridades si eran entrenados por separado.

Winaja había sido el mejor con diferencia. Su pasado era evidente viéndole acometer los ejercicios con la naturalidad de un movimiento memorizado. Era el deleite de los instructores y había sobresalido en todos los exámenes con margen de sobra. Reclutas así no se dejaban caer con frecuencia, y muchos se frotaban las manos augurándole un gran futuro. Era lo que buscaban.

Para Fry, había sido bastante más arduo. Un civil total al contrario que un purasangre como Winaja, nunca se había visto inmerso en situaciones similares y se notaba. Su físico en concreto dejaba mucho que desear, producto de años sentado en una silla de oficina. Pero tenía un carácter que no se doblegaba fácilmente, una suerte de amor propio a partes iguales con egocentrismo que le hacía imposible aceptar la derrota. Tenía que ser mejor que el resto, y en ello se aplicaba. Mentalmente era también brillante. Y por todo esto, a base de tesón y esfuerzo había terminado por triunfar en un mundo que le había sido tan ajeno.

Tobías en cambio se había probado un desafío de principio a fin. Cabezón, poco amigo de reglamentos normativos y sistemas deterministas, prefería improvisar y jugárselo todo a una carta compensando con argucias lo que perdía en ortodoxia. Estaba en buena forma y era listo, pero progresaba despacio,

rechazando inicialmente todo cuanto no convencía a su sistema de valores interno. Y por ello, mientras sus compañeros ya habían superado el proceso y se les habían asignado sus primeras misiones de prácticas en solitario previamente a la graduación, Tobías había ido más lento de lo previsto y aún negociaba las etapas finales del plan.

Y Germán, meditando acerca de todo esto mientras dejaba sobre una mesa el *pao* acolchado de golpeo con que había molestado a su pupilo durante el ejercicio de tiro en condiciones de estrés, decidió que no le quedaba ya mucho. Otra semana, todo lo más. Pero no había motivos para volverse un blando justo en la recta de meta.

— Bien hecho. Tienes unas horas de descanso. Esta tarde tienes una marcha con mochila, treinta kilómetros. Lo quiero todo estanqueizado. Lo pienso comprobar.

Tobías tragó saliva. Sabía lo que eso significaba. Le tocaba ir al río otra vez.

— Pues nada. . .

— ¿Cómo has dicho?

— A sus órdenes, mi comandante.

Fileas hizo una pausa para descansar sus entumecidas muñecas, reclinándose hacia atrás mientras cerraba los ojos, que también le escocían tras varias horas redactando un informe que seguramente nunca leería nadie. Además, ya era tarde y a esas horas no habría mucho personal en la comisaría, posiblemente sólo los de guardia y él. Casi lo prefería. Sus compañeros no pa-

recían tomarle muy en serio, e incluso en ocasiones expresaban sin ambages lo ridículas que consideraban sus creencias.

Siempre se había sentido atraído por los fenómenos paranormales. Todo aquello que no hallara fácil explicación, o incluso que no la tuviese, era de su agrado. Sospechaba que había una gran verdad oculta detrás de todas las cosas, y tanta era su devoción que se pasaba horas encerrado en el despacho buscando detalles extraños en casos ya cerrados oficialmente, tratando de relacionar unos con otros. Esta inquietante obsesión con extraer una lectura paranormal o metafísica de los sucesos le habían granjeado una pizca de antipatía entre sus colegas de profesión, que tampoco apreciaban el tiempo que todo ello le quitaba de emplearse a fondo en casos más «serios». Le ignoraban y le veían como un bicho raro, pero la inmensa mayoría se limitaban a encogerse de hombros pues al fin y al cabo en aquellos tiempos que corrían no había lo que se dice mucho trabajo para un policía.

La gente ya apenas cometía crímenes porque el nivel de vida era muy alto, y de hecho la mayor parte de delitos los sufrían los propios criminales a manos de bandas rivales, y las autoridades sólo iniciaban una investigación cuando los hechos trascendían o aparecía algún cuerpo. Casi todas las tareas restantes eran de carácter administrativo y el sueldo no era ninguna maravilla. Ser detective había perdido todo atisbo de aventura o romanticismo que pudiera haber tenido en el siglo anterior. Ahora se limitaba a trabajo intrascendente de despacho, cuando no a limpiar los resultados de cualquier operación que los grupos de seguridad de El Centro hubieran decidido llevar a cabo. Muchos funcionarios les tenían animadversión, casi todos los que no habían podido pasarse al otro lado y conseguir una de las codiciadas plazas. Dos décadas atrás convertirse en empleado público había significado tener la vida resuelta, ahora era sólo sinónimo de aburrimiento. El estado había dejado

de manejar el cotarro.

Por eso se había sorprendido cuando recibió una oferta del departamento de Recursos Humanos de El Centro. Según le habían dicho, se habían enterado de sus investigaciones —ignoraba cómo, y paranoico como era su primer pensamiento había sido sospechar de todos los dispositivos que usaba a diario, fabricados por la empresa en cuestión—, y querían ofrecerle un puesto como «asesor», fuese lo que fuese lo que significara ese término tan impreciso. Y no dejaba de cavilar acerca de la respuesta que les daría. Ignoraba lo que podían haber visto en él, pero el salario que cobraría y la idea de tener acceso libre a los más avanzados recursos para emplearlos en sus investigaciones le abocaban a aceptar la oferta ciegamente.

«Cualquier cosa con tal de salir de esta oficina», se dijo con la vista anclada en el calendario corporativo de pared con gran cantidad de días tachados. Y así lo hizo. Escribió un mensaje de respuesta y quedó a la espera de más instrucciones. Incluso podría pedir una bien merecida excedencia y volver al Cuerpo en caso de que aquello no fructificara.

Lo que Fileas no sabía era que El Centro tenía enemigos poderosos que les habían situado en su punto de mira. Y por haber llamado su atención y aceptado el nuevo trabajo, también él pasaba a ser persona de interés. . .

Valdasta, 1 de julio de 2027

En la sala de inteligencia, moderna y aséptica como todo lo relacionado con El Centro, Tobías hacía un esfuerzo por evitar que la barahúnda que emitía su instructor le entrara por un oído y le saliera por el otro, puesto que en ella se encontraban

las instrucciones acerca de su primera misión y el final de su entrenamiento.

El plan se prometía sencillo: recoger a un civil, Fileas del Arco San Martín, en su propia casa y escoltarlo sano y salvo hasta una de las instalaciones de la compañía. Mientras la interfaz mostraba el mapa de situación y los datos de Fileas, la operadora que hacía de enlace con el centro de control, Wanda, terminaba de programar el ordenador del furgón que le llevaría y de transferir una copia de todo al dispositivo de Tobías, que sólo él podría acceder con sus credenciales. El joven proyecto de agente echó una última mirada disimulada a su melena teñida de pelirrojo oscuro, sus tatuajes y sus *piercing*. Era de las suyas. Tendría que ponerlo en asuntos pendientes.

Cuando Germán terminó su robótica verborrea, Tobías aprovechó a preguntar sobre la posibilidad de contar con refuerzos de algún tipo. Enseguida se dio cuenta de su error. Al ser su primera misión de práctica tenía que culminar el encargo completamente solo y por su cuenta y riesgo, ya que suponía el remate de su instrucción. Además, se trataba de una simple y rutinaria misión de escolta que no supondría ningún problema, dijo su boca. «Déjate de mariconadas», pareció decir su cicatriz al arrugar el gesto. Así que se fue al amplio aparcamiento, montó en el vehículo e inició la marcha rumbo a casa del civil.

Y no cualquier civil, un polizonte además, pensó para sus adentros. Las cosas que tenía la vida. Extraños compañeros de cama le deparaba este trabajo, se dijo también, y con esa idea se acordó de Winaja.

Fileas llevaba un buen rato esperando, golpeando suavemente pero de forma nerviosa la acera con el pie, manos en los bol-

sillos. No le gustaba sufrir la impuntualidad de otros aunque él mismo fuera un poco desastroso a veces en ese apartado. Si iba a llegar tarde en su primer día, que al menos fuese por culpa suya, no de otro. Al fin, un vehículo se detuvo justo enfrente. Echó un buen vistazo a su chófer y protector, siguiendo el mismo orden (ojos, boca, vello facial, manos, vestimenta, expresión) que durante su carrera de policía, puesto que las costumbres bien arraigadas eran difíciles de cambiar. Lo que vio no le inspiró mucha confianza, e incluso habría dicho que aquel hombre joven pegaba más en un ambiente criminal que como miembro de la seguridad de El Centro, pero ante la perspectiva de cancelar el contrato y volver a una vetusta comisaría se subió al asiento trasero sin objetar nada. Se quitó la chaqueta por comodidad y para no arrugarla con el cinturón, y tras un breve saludo se pusieron en marcha. Fileas se extrañó al verle manejar el volante.

Una calle después se cruzaron con otro vehículo idéntico que circulaba en sentido contrario. A bordo del mismo, Tobías les contempló con la misma mosca tras la oreja que se había sacudido Fileas momentos antes. Intuyéndolo, el desconocido que le había suplantado para poder secuestrar a la nueva incorporación de la empresa aceleró levemente. Todo ello terminó por convencer al expolicía de que su corazonada había sido correcta y algo raro ocurría. Tobías lo constató también cuando unos metros después arribó al portal de Fileas y no encontró a nadie aun pasando cinco minutos de la hora acordada. Alzando la mano derecha para hacer un gesto reconocible para el ordenador de a bordo, inició una videollamada con su adiestrador a fin de inquirir sobre la posible presencia de otras unidades o un cambio de última hora en los planes. El gesto de extrañeza de Wanda al escuchar esto, y de Germán detrás de ella mirando por encima de su hombro, le confirmó que no. Cambió rápidamente a modo de conducción manual, hizo un giro en seco y pisó el pedal a fondo en pos del impostor, comprobando

a tientas que llevaba el cinturón de seguridad bien colocado.

Captando por el rabillo del ojo un movimiento en el retrovisor central, el secuestrador giró el cuello y atisbó a Tobías acercándose cada vez más. Ya iba circulando en modo manual, así que revolucionó el motor eléctrico, ligeramente modificado respecto al del modelo estándar disponible en el concesionario para quitar todas las limitaciones. Fileas, en la parte de atrás, se agarró bien al asidero mientras palidecía ligeramente. No era tonto y sabía de sobra lo que estaba ocurriendo, aunque no entendía por qué nadie tendría tanto interés por él. Optó por permanecer callado y no oponer resistencia, pensando que tal vez así salvaría la vida. Desde luego, ya era muy tarde para saltar en marcha.

Lo que siguió fue una tensa persecución que, a pesar de durar no más de unos minutos, se hizo interminable para todas las partes implicadas. Tobías llegó enseguida a la altura del fugitivo aprovechando la ventaja de la inercia, y pudo entrever a Fileas mirándole con ojos compungidos a través de la luneta. Pero los múltiples quiebros del adversario, así como la superioridad de su motor, decantaron la balanza de su lado. Los ciudadanos asistían aterrorizados a la caza, corriendo para ponerse a salvo durante alguna de las veces en que se saltaron un semáforo peatonal en cyan o invadieron las aceras. Jamás habían presenciado nada parecido fuera de las películas, ya que sus coches particulares, como los de todo el mundo civilizado, tenían bloqueado el modo manual dentro de las ciudades y casi nadie lo usaba tampoco en las carreteras. Las IA de navegación del resto de vehículos intentaban a su vez esquivarles como buenamente podían, pero voló más de un retrovisor y más de una defensa con un brusco chasquido. Calle tras calle, el criminal fue aumentando la distancia que les separaba hasta que al salir de un giro Tobías les perdió de vista completamente. Se sintió impotente y golpeó el volante con rabia. Su

estreno como agente no podía haber salido peor. El asistente computerizado le advirtió que las autoridades se aproximaban —de forma innecesaria, pues podía oír las sirenas— y, aunque no suponían realmente ningún problema para un miembro de El Centro, se alejó veloz más por costumbre que por otra cosa, contactando con la sede para informar de lo ocurrido.

Quince minutos después entraba a paso rápido en la sala de inteligencia, en la cual nadie se daba un respiro tratando de localizar al desaparecido y a su misterioso captor. Germán y Wanda ni siquiera se dieron la vuelta cuando saludó, ocupados como estaban leyendo datos en una interfaz con el mapa de la comarca. No sabía muy bien qué decir y se sentía algo avergonzado.

— Nada. Es un vehículo modificado, imposible rastrear su ubicación —dijo la operadora.

— ¡Mierda! —bramó su instructor, dando un fuerte manotazo sobre la mesa que resonó, girando temporalmente unas cuantas cabezas. Se le marcaba una de las venas de la cabeza y su rostro estaba enrojecido. Tobías habría preferido encontrarse en cualquier otro lugar, e incluso en cualquier otro momento.

Fileas no cesaba de repetirse que estaba en el lugar y momento equivocados, lo cual parecía ser una constante en su carrera. Había tragado saliva hasta que se le secó la boca, y ahora jugueteaba con las manos mientras aquel hombre aparcaba con cuidado a las puertas de lo que parecía ser un antiguo búnker militar abandonado. Seguramente lo usara de base o escondrijo. En una zona aislada en mitad del monte, no podría haber escogido mejor sitio. Lo relajado de su actitud le llevó a pensar que no se trataba de su primer secuestro, y se preguntó si le

sometería a un interrogatorio para sacarle datos de El Centro —disparatado, pues no había comenzado a trabajar para ellos aún— o la policía. Tal vez se tratase de un criminal de los varios que había arrestado durante su anterior trabajo, buscando venganza. Entonces, del interior del búnker salió otro hombre, encapuchado, que fue hasta su puerta y la abrió indicándole con un gesto que bajara. Pensando en las posibles torturas que sufriría, se bloqueó y obedeció como un cordero sin protestar. Le pusieron una venda en los ojos y le condujeron entre ambos, sujeto firmemente por las muñecas con los brazos tras la espalda, al interior. Notó el cambio en la humedad del ambiente, la temperatura, el eco de los pasos, el duro suelo de hormigón.

Avanzaron por multitud de pasillos y escaleras —durante estos tramos, le acarreaban casi en volandas—, y Fileas tuvo la sensación de que estaban dando un rodeo aposta para desorientarle y que no consiguiera hacerse un mapa mental del recinto. Si es así, acertaban. Le fue imposible memorizar el camino con vistas a una posible huida.

Por fin llegaron a una sala y, sujetándole, le hicieron sentarse en una silla tras vaciarle los bolsillos. Le quitaron la venda y quedó cegado unos instantes por la luz. Era una habitación pequeña y el escaso mobiliario presente no dejaba lugar a dudas acerca de su finalidad: extraer información. También en la policía habían hecho uso de cuartos similares, aunque desde luego más limpios y algo menos siniestros.

Entonces reparó en algo que había colgado de la pared; enfocó la vista para comprobar que se trataba de un póster con un emblema que conocía muy bien. Nunca había investigado uno de sus ataques, pero conocía gente que sí, y allí donde hubieran ocurrido el grafiti del logo de la OCCA con pintura aún fresca no andaba muy lejos. La OCCA, la organización terrorista que se había posicionado como enemiga jurada de El

Centro y de todo cuanto estos representaban. La teoría de una venganza personal quedaba pues descartada: aquellos hombres pertenecían a un grupo armado que deseaban la caída de su nuevo empleador, y no había que darle muchas vueltas para imaginar lo que buscaban.

Pasaron sus brazos por detrás del respaldo y le ataron con cordel de cáñamo que le produjo bastante dolor. Tampoco la postura le resultaba cómoda, y esa fuera seguramente la intención de sus verdugos: debilitar sus defensas para hacer más fácil el proceso. Una vez más, confirmó sus sospechas cuando uno de aquellos hombres se acercó y sin mediar palabra le propinó un puñetazo. No fue muy doloroso pero sí vejatorio. A continuación, comenzó a hacerle preguntas de forma muy rápida. Querían saber qué era lo que le había ofrecido El Centro, qué necesitaban de él, los datos de su contratación... «Pero si ni yo mismo sé esos detalles», se dijo con amargura, y así le respondió a los terroristas, pero la réplica no les convenció y lo único que obtuvo fue otro puñetazo.

— Venga, déjalo ya y vamos a comer, que va siendo hora. No hay prisa.

— Sí —dijo el otro—, que tengo hambre. Pero tú —miró con dureza a Fileas—, no creas que te vas a librar. Esto es sólo un adelanto, para que te lo vayas pensando. Si no cooperas. . .

Dejó el resto en el aire. No hacía falta añadir nada más. Entonces, salieron por la puerta y la cerraron, oyéndose el ruido de un cerrojo al ser corrido. El expolicía quedó allí lleno de congoja. Tardó varios minutos en abrirse paso a través de la confusión que llenaba su mente y el cansancio que atoraba su cuerpo. Se levantó, silla incluida, temeroso de que todo fuese una trampa y le estuvieran vigilando. Como no pasaba nada, se acercó a saltitos hasta una mesa y trató de limar sus atadu-

ras contra el canto de la misma, en vano. Se sentó de nuevo, y esta pequeña derrota le devolvió a su estado anterior. Empezó a preguntarse si de verdad debía intentar huir. ¿Y si la solución más inteligente era quedarse y cooperar con ellos? ¿Y si su bando era el que más le convenía? Acto seguido se dio cuenta de su necesidad, reconociendo las etapas iniciales del síndrome de Estocolmo. Sus aprehensores estaban haciendo uso de una táctica muy trillada: «calentarle» un poco antes de dejarle a solas para que él mismo se comiera la cabeza y desesperado, accediera a hablar. No podía permitir que ocurriera.

Inspeccionó la sala con más calma, pasando la vista despacio elemento por elemento. Tan sólo uno llamó su atención: un obvio espejo bidireccional, que con toda probabilidad daría a una habitación aledaña desde donde sería posible seguir los interrogatorios. Se le aceleró el pulso al darse cuenta que quizá le estuvieran viendo en ese mismo instante, tratando de escapar. No, si así fuera ya habrían entrado para escarmentarlo. O al menos eso quería creer.

Se acercó a saltos hasta el mismo y, cuando estaba casi al lado, dio un impulso fuerte y un giro que le hizo estrellar la silla contra la superficie, resquebrajándola. Otro par de golpes y cayeron varios fragmentos de cristal. Había esperado que se hiciera añicos, pero esto le valía igual: flexionando sus doloridas piernas, se hizo con uno grande y afilado y lo usó para cortar las ligaduras. Tardó un buen rato, pero nadie acudió. Cuando por fin notó aflojar la presión en sus muñecas casi gritó de alegría. Terminó de soltarse y se incorporó, el corazón desbocado, mirando alrededor con desconfianza. No podía haber sido tan fácil. ¿O sí?

Agachándose, miró por los huecos del falso espejo y certificó que había una sala anexa, pero por suerte vacía. La puerta de aquella en la que se encontraba había sido bloqueada des-

de fuera, pero podía ser que no hubieran pensado en hacer lo mismo con la otra, o que ni siquiera tuviera llave. Agarró la silla y la blandió, descargando fuertes golpes hasta que terminó de romper el cristal. Con precaución para no cortarse con los restos pasó al otro lado. Había hecho bastante ruido, pero toda zona de interrogatorios que se preciase debería estar insonorizada. Ojalá. . .

Comenzó su huida a través del búnker, intentando recordar por dónde había entrado. Todo estaba extrañamente silencioso, como si fuesen muy confiados o si estuvieran permitiéndole escapar, pero a él le pareció normal porque no quería mirarle los dientes a un caballo regalado. El sitio era viejo y se notaba algo descuidado, necesitado de un buen lavado de cara y mantenimiento que llevaba años sin recibir. Estaba iluminado por tubos LED que colgaban del techo, y multitud de tuberías y cables transcurrían paralelos o a veces enroscados adornando las paredes.

Su periplo hasta la salida se le hizo eterno, pero terminó por llegar gracias a varios carteles oxidados ya apenas legibles que marcaban el rumbo. Se asomó con cuidado tras oír unas voces. Dos hombres hacían guardia custodiándola. Afuera había comenzado a atardecer, veía el cielo todavía azul e incluso le llegaban los trinos de los pájaros, pero no podía hacer nada. Tan cerca, y a la vez tan lejos. Desolado maldijo su desamparada situación. Como tampoco podía quedarse allí en medio esperando cual imbécil, dio media vuelta y exploró, pegado a las paredes para que las luces no proyectaran su sombra más allá de la siguiente esquina.

Llegó hasta un pequeño almacén donde encontró, para su alivio, armas y algo de munición así como otras provisiones y productos de limpieza en general. Rápidamente cogió las dos pistolas de la estantería, así como dos cargadores de repues-

to que se metió en el pantalón. Su alegría inicial se tornó en desaliento al contemplar las mortíferas herramientas en sus manos. No tenía ni idea de lo que hacer, en absoluto se consideraba un hombre de acción. Recordó sus poco dignas puntuaciones de tiro en la academia, cumpliendo los mínimos sin más. Había entrado en la Policía Nacional directamente por la escala ejecutiva, como inspector alumno, y se había graduado muy ducho en técnicas de investigación pero poco hábil en ensuciarse las manos en la calle. Cuando ello era necesario siempre recurrían a los «machacas» de las escalas inferiores, él era un «coco». Cada persona tenía su lugar en este mundo, y para Fileas estaba muy claro que el suyo no se hallaba en una confrontación directa con armas de fuego.

Seguía sin sentirse preparado para enfrentarse a los dos terroristas que vigilaban la entrada, así que tenía que pensar otra solución. En otro estante vio una lata de fabada, amén de conservas de todo tipo. En otras circunstancias la habría comido con deleite, pero notaba el estómago cerrado por los nervios. Pensó de forma distraída en los gases que ello le ocasionaría, y entonces surgió la idea de utilizar sus conocimientos sobre química (pues era ingeniero) para combinar varios productos de limpieza y fabricar una bomba de humo o de gas incapacitante improvisada. A veces, las ideas más tontas y alocadas terminaban siendo las más efectivas.

Salió del almacén cargado como un mulo. En las manos llevaba dos calderos con líquidos que al mezclarse producirían un humo denso y tóxico. En su ropa había guardado como pudo las dos pistolas, que le rozaban la cintura de forma muy incómoda al caminar. Ignoraba si sería suficiente para zafarse de los guardias, pero iba decidido a intentarlo. De repente, antes de llegar a la salida divisó algo en un pasillo lateral. Se acercó y encontró una grieta muy amplia en el muro. En el interior de la abertura había una cuerda que llevaba hacia arriba, y

no estaba seguro de dónde pero alcanzaba a ver la claridad del día allá en lo alto. Dejando los calderos en el suelo, trepó con gran dificultad y evitando mirar hacia abajo. Llegó arriba derrengado y con los brazos congestionados y ardiendo, aunque había ido haciendo presa con los pies en la medida de lo posible. Terminó saliendo por la boca de un pozo en medio del monte, a unos cuantos metros de la entrada del búnker. Grandes cercos de sudor manaban de sus axilas.

Se sentó a recuperar el aliento. No podía creer su buena fortuna, el viento le meció el flequillo y se dijo que era la suave caricia de la libertad. Todo este día estaba siendo como una terrible pesadilla, y no había acabado aún. Asomó la cabeza por encima del brocal con cuidado. Los guardias seguían allí, pero estaban metidos dentro del zaguán para que no les molestase el sol y apenas se intuía el pantalón y la bota de uno de ellos. No se sentía capaz de llegar a pie hasta la ciudad, pues era bastante sedentario respecto al cardio, y quedaría a su merced si le perseguían en vehículo. Lo siguiente a intentar era, por tanto, pedir ayuda. Su móvil se lo habían confiscado junto al resto de lo que llevaba encima, pero de repente recordó —estúpido de él— que en su chaqueta tenía un ordenador vestible último modelo, que a pesar lo de increíblemente útil que el dependiente de la tienda le había prometido encontrarlo, nunca había utilizado. Él era más de los clásicos, como su fiel libreta y bolígrafo.

La zona en la que se ubicaba el pozo se hallaba en una pendiente ligera, así que rodó lateralmente todo lo que pudo, y después reptó muy despacio y sin ruido para no atraer la atención de esos energúmenos. Alcanzó el coche en el que habían llegado. Justo como sospechaba no se habían molestado en bloquearlo allí en mitad de la nada. El ordenador de a bordo estaba modificado para no conectarse a los servidores de El Centro y no le valía para pedir ayuda, pero su chaqueta seguía allí. Trató de

llamar pero no daba señal. Eso le pareció muy extraño, pues la cobertura era casi del cien por cien a nivel global. Entonces, dedujo astutamente que sus captores habrían colocado algún tipo de inhibidor de frecuencia en el vehículo para impedir ser rastreados. Ahora entendía por qué el conductor se había despreocupado tanto y no le había exigido entregar el móvil, que por otra parte ni siquiera se había atrevido a sacar paralizado como estaba por el miedo.

Se alejó bastantes metros, yendo de espaldas y manteniendo siempre el coche entre la entrada del búnker y él. Cuando consiguió restablecer conexión se puso en contacto con El Centro. Un sorprendido operador le pidió mantenerse a la espera y desvió la llamada a la sala de guardia de La Agencia. Pronto se encontró informando a Germán y Wanda.

— Es raro —dijo el fornido instructor una vez oyó los detalles—. Parece que le hayan dejado escapar. . .

Y si hubiera encontrado el minúsculo localizador colocado en el pantalón de Fileas, habría podido ver lo atinado que estaba.

Tobías tenía una ligera sensación de *déjà vu* mientras Germán le anunciaba, una vez más, que iba a coger un vehículo y partir para encontrarse con Fileas. Pero ya no se trataba tan sólo de recogerle y trasladarle. El descubrimiento de esa base de la OCCA había cambiado las cosas y ahora el casi agente debía, además de proteger al casi empleado, investigar esa célula y desmantelarla en la medida de lo posible.

En los mapas comprobaron que el búnker no era si no un viejo silo de misiles del ejército, en desuso desde décadas atrás. Por las tenues firmas de calor captadas por un dron programado

para sobrevolar la zona en círculos, apenas estaba habitado, seguramente menos de seis terroristas, aunque el grosor de la estructura tampoco permitía afirmarlo con convicción. Pan comido para alguien con el entrenamiento de Tobías, dijo el instructor. El interesado ni se molestó esta vez en preguntar por refuerzos. Quería mantener la dignidad.

Tobías se dirigió a la armería, recogió todo el equipo asignado y montó en el ascensor para bajar al *parking*. Acababa de llegar al lado del vehículo cuando sonó su teléfono. Era un idc desconocido pero perteneciente a uno de los rangos reservados a la empresa. Tendría que acordarse de ponerlo en modo silencio después. No era buena idea que sonara en mitad de la operación.

— ¿Diga?

— ¡Tobías, soy Loui! Sólo llamaba para desearte suerte, acabo de enterarme de que tienes ahora tu misión de prueba. ¿Qué tal, con ganas?

— Un poco nervioso, pero la verdad es que sí. Va siendo hora de que esto acabe —no esperaba aquel gesto por parte del ejecutivo, y le agradó, aunque llegaba un poco tarde: su misión de prueba ya habría terminado de no ser por todo ese lío que se había montado.

— Te entiendo, pero recuerda que lo único peor que no poder ir, es ir mal preparado. Todo lo que has aprendido te servirá, ya lo verás.

— Desde luego —respondió Tobías, pensando «sobre todo si alguna vez me pierdo en la jungla o el desierto».

— Bueno, no quiero entretenerte más. Repito, espero que te

vaya todo bien, ya hablaremos cuando vuelvas. Tengo proyectos para vosotros.

— Gracias, Loui, de veras.

Colgó, se subió al coche y partió a encontrarse con los hados del destino.

Ya era casi de noche. Había recorrido el último tramo con las luces apagadas, asomando la cabeza por la ventanilla y achinando los ojos para ver mejor en la penumbra. Aparcó a una distancia prudencial, con el cuerpo del vehículo cubierto tras una loma minúscula. Se bajó sin hacer ruido. Fue a la parte trasera, abrió el maletero y...

Estaba vacío.

No, *casi* vacío. Había un par de tristes cuerdas y un chaleco reflectante.

Una desagradable sensación se extendió por su estómago e ingre al darse cuenta de que *había olvidado meter el equipo en el coche*. La llamada de Loui le había interrumpido mientras cargaba todo, y por despiste había dejado la caja de equipo en el suelo. Se le había ido el santo al cielo tras ser distraído a mitad de la tarea. Se quedó en esa postura un minuto, con el brazo levantado y la mano en el asa interior, intentando comprender su propia estupidez.

Se imaginó la bronca que le echarían sus jefes si volviera de aquella manera, simuló la escena en su mente. Aquello podía significar su baja en La Agencia, o como mínimo un bochorno que perduraría durante toda su carrera en la empresa, y un

poco más. No, no podía volver, cualquier cosa menos eso. Asaltaría el lugar a puño limpio, joder, cogería unas piedras y les lapidaría si hiciera falta. Cualquier cosa menos regresar y enfrentarse a la vergüenza y al fracaso. Ojalá no encontraran la caja allí tirada en el aparcamiento. . .

Sacó el móvil, le quitó el sonido y la vibración, y envió un mensaje a Fileas para indicarle que ya estaba en la zona. Le habían proporcionado su *idc* en el segundo *briefing*. El otro se había retirado unos metros, escondido tras una arboleda. Se sincronizaron para moverse hasta el vehículo de los terroristas, con precaución, aunque estaba ya muy oscuro y reptar era innecesario. Y una vez a cubierto detrás se presentaron y se dieron la mano, el rescatado con fervoroso júbilo. No le duró mucho, dado que la segunda pregunta que Tobías le hizo, tras interesarse por su estado, fue cómo podían ganar acceso al búnker. Al principio pensó que era una broma pesada; él lo que quería era escapar, no volver allí dentro. El agente en prácticas le explicó por encima su misión y le aseguró que no le ocurriría nada malo: él se encargaría de protegerle de cualquier elemento hostil. Fue entonces cuando se fijó en las dos pistolas que Fileas tenía a su lado, sobre la tierra del camino. No, no podía ser verdad.

— ¿Sabes utilizar. . . *eso*? —preguntó, señalando las armas.

Fileas, sorprendido, miró a su costado. Ya se había olvidado de ellas, sólo las conservaba consigo por no dejarlas tiradas en cualquier sitio. Por su expresión dejó bastante claro que prefería no tener que averiguar la respuesta.

— ¿Te importa si me quedo con una?

— No, claro. Toma.

Alivió su pena más apremiante, y el resto ya no parecía todo tan malo. Siempre caigo de pie, se dijo. Has nacido con una flor en el culo, habría dicho Germán. Casi oyó su voz rasposa. ¿Habría fumado de joven?

Fileas mostró su desconcierto al descubrir que su neófito compañero había acudido a la cita desarmado, y le hizo la observación.

— Es que es mi primera misión. Estoy de prácticas.

Abrió los ojos más aún, incrédulo. Esperó que a él nunca le hicieran pasar por una prueba parecida. Seguramente tenía que haberle dado un par de vueltas antes de aceptar la oferta de El Centro. ¿Con qué clase de gente se había metido a jugar?

— No pasa nada, soy agente entrenado. Esto es rutina —siguió mintiendo el otro.

Tras convencerle con su actitud de que estaba altamente cualificado, Tobías volvió a su pregunta original. Fileas le habló de la entrada a través del pozo, y juntos desandaron el camino hasta allá, en cuclillas. A mitad de recorrido, Tobías aguzó el oído para ver si captaba alguna información útil de los guardias en la entrada del silo. Pero lo que llegó hasta él fue muy distinto.

— ¿Y qué tal con la chavala? —oyó decir a uno de los centinelas.

— Nah, pues la verdad es que bien, para ser la primera cita. Fuimos a cenar al nuevo restaurante ese que han abierto, el japonés. ¿Sabes cuál te digo? Y bien, la conversación fue fluida, ambos nos sentimos cómodos. Y ella insistió en pagar su mitad, eso me gustó. Y luego pues eso, fuimos a dar una vuelta por

el paseo, aprovechando que hacía buena temperatura. Luego al despedirnos nos dimos un beso que no estuvo mal, aunque se la notaba tímida, pero yo ya sabes que no voy con prisas nunca. . .

— ¿Entonces marcha bien la cosa, no? Me alegro, coño.

— Sí, hemos hablado bastante por chat, y este finde vamos a volver a. . .

Dejó de escuchar, algo avergonzado y culpable. Eso no era lo que esperaba. En el curso le habían enseñado que compensaba deshumanizar al adversario hasta cierto punto, para facilitar el proceso en caso de que surgiera la necesidad de tener que combatir, e incluso matar. Que llevasen la cara tapada lo hacía más fácil. Conocer sus vidas personales y preocupaciones, no. Provocaba el efecto contrario y era peligroso. Prefería no saber nada de eso.

En el pozo, agarró con firmeza la cuerda, pasó las piernas y descendió. Fileas fue detrás, aún incrédulo de que realmente fuesen a volver. Bajar ha sido más fácil que subir, desde luego, pensó este ya en suelo firme. Se asomaron con prudencia al interior de la base. El pasillo estaba despejado y se dispusieron a investigar la zona.

Tobías avanzaba con extremo cuidado, moviéndose centímetro a centímetro y «limpiando» cada rincón como le habían adiestrado en el curso. Incluso el algo timorato Fileas se sorprendió al verlo, pensando que era un poco excesivo, pues acababa de estar allí y creía que el búnker no albergaba más que a un puñado de aficionados de la OCCA. Todo estaba desierto. Pero siguieron explorando cautelosamente las instalaciones hasta que en el nivel B2 llegaron a una puerta de metal, de aspecto macizo, que estaba bloqueada por dentro. No había modo apa-

rente de abrirla y no sabían qué se hallaba al otro lado, pero temiendo que fuesen hombres armados, entre los dos decidieron usar una de las cuerdas para atar el tirador de la misma a una igualmente robusta barandilla de la escalera de enfrente. Como las bisagras indicaban que se abría hacia el interior, eso la dejaría bloqueada y les evitaría ser emboscados por la espalda. «Nunca pensé que aprender todo esos estúpidos nudos me serviría de algo», pensó Tobías recordando las clases de cabuyería.

Siguieron bajando escaleras hasta el sótano 3. Fileas hizo memoria y comentó que fue allí donde había estado retenido inicialmente. Como el pasillo a su izquierda únicamente llevaba hasta la zona de interrogatorios, tomaron el de la derecha. Al poco rato aparecieron en la antecámara de una sala de control. Tobías, nervioso pero intentando aparentar tranquilidad, empujó la puerta suavemente. Unas sombras se movían allí dentro. La puerta no rechinaba, pero cuando ya casi estaba abierta del todo chocó contra una de las tuberías de la pared emitiendo una sonora campanada. Hubo ajeteo y un estampido. Se lanzó hacia atrás, al tiempo que un proyectil pasaba rozando su hombro, rasgando su ropa y salpicando un poco de sangre hacia su mejilla. Le escoció pero parecía haberse librado de algo más serio. Soltó una retahíla de insultos y encañonó a aquellas figuras a su vez. Fileas, reticente pero sin otra alternativa, se unió a él y abrió fuego sin mirar hacia el interior de la habitación, donde el terrorista que le había interrogado y otro hombre les esperaban.

Dio inicio un salvaje tiroteo, con los bandos igualados en número pero no en destreza. Al expolicía le faltaba experiencia, pero el adiestramiento machacón de su juventud acudió a su cabeza y sin pensar hizo lo que pudo, moviéndose como un robot. Tobías llevaba la voz cantante y no perdonaba ni media a los contrarios, que se defendían sin más aunque quemando la mu-

nición como si les sobrara. Tras un tenso minuto uno de ellos gimió y cayó abatido con un disparo en el costado producto de un rebote. El otro, enfurecido, decidió pasar a palabras mayores y esgrimió un subfusil con el que les vació medio cargador, hiriendo levemente a ambos. Cubriéndose uno a otro, retrocedieron e intentaron escapar por el pasillo y el hombre, la adrenalina corriendo por sus venas y cegando todo juicio, echó a correr tras ellos por las instalaciones. Esto le dio una idea al agente, que condujo a Fileas a empujones al piso superior, y disparó a un par de luces del techo para crear una zona de oscuridad ante la entrada bloqueada. El miembro de la OCCA llegó y, en su ímpetu, no vio la cuerda tensada cruzando el pasillo. El impacto le derribó y le dejó sin respiración, momento que ambos aprovecharon para abalanzarse sobre él y reducirle. La emboscada improvisada había tenido éxito gracias a la veloz mente de Tobías.

Le condujeron a la sala de control, que olía a recinto cerrado y ventilador de CPU antigua. Su compañero no estaba muerto, sólo inconsciente. Taponó su herida y ató a ambos con la otra cuerda que tenía. Fileas, escéptico por segunda vez en lo que llevaba de noche, sugirió matarlos ya que eran una amenaza y no podían fiarse.

— ¿Para qué los queremos vivos? Prefiero gastar dos balas y no una cuerda.

— Hazme caso, tengo otros planes. Nos van a ser más útiles vivos.

No lo dijo con mucha convicción, y se podría intuir incluso que le costaba ejecutar a una persona desarmada y atada, pero el otro asintió sin ganas de discutir. Con seguir vivo le bastaba.

Tobías intentó acceder a los servidores de la sala, pero no lleva-

ba encima su kit de herramientas y fue incapaz. Decidió pasar al plan B: apuntar a uno de aquellos hombres a la cabeza para obligarle a decir la contraseña. Funcionó. Ya dentro del sistema, descubrió que esos ordenadores controlaban las luces, las puertas de acceso y el lanzamiento de los misiles, que hacía mucho tiempo que no se encontraban en el silo. Desbloqueó la puerta del sótano 2 donde, según les confesaron los terroristas, se encontraba el jefe encargado de la base al que se referían como «el capataz».

El expolicía, fisgando en las interfaces de la sala, encontró una con un plano del búnker y la zona exterior. Un punto parpadeaba con insistencia en mitad de la misma, emitiendo un suave sonido con cada pulso. Un único nombre constaba al lado del mismo: el suyo propio. Extrañado, se dio cuenta que marcaba su ubicación exacta; se movió por la sala para cerciorarse. Haciéndoselo notar a Tobías, este le dijo que obviamente le habían colocado un transmisor encima, y la corazonada de Germán había sido cierta: la fuga estaba más que preparada. Fileas, paranoico, temió que le hubieran hecho tragar una pastilla con el localizador, pero al calmarse y recordar que eso nunca había ocurrido lo buscó entre su ropa. No tuvo que desvestirse mucho hasta encontrarlo: estaba burdamente cosido por dentro de la solapa de un bolsillo trasero del pantalón. Lo habrían colocado con prisas mientras tenía la capucha puesta. Lo arrancó y lo pisoteó varias veces, y la señal desapareció. Miró con enfado a los criminales.

Tras asegurarles bien y fabricar unas mordazas con trozos de ropa, pusieron rumbo al nivel superior. Desataron la cuerda y entraron. Fileas había dejado de considerar las precauciones del agente excesivas y se movía con más desconfianza si cabe. Todo estaba muy silencioso, demasiado para ser natural. La nueva zona era muy diferente al resto del búnker: estaba mucho mejor equipada para hacerla habitable. Recorrieron

dormitorios, baños, una cocina y una sala cerrada que parecía dar a un salón-comedor. Se dispusieron a entrar.

Fueron recibidos a tiros por dos hombres parapetados en su interior. El capataz, puesto a cubierto tras un mullido sofá, le daba indicaciones a su esbirro para que este intentase flanquear al agente de El Centro y matarlo. Al otro, especificó, lo quería vivo. Tenía un arma automática, y en cuestión de unos instantes tanto Fileas como Tobías yacían malheridos a ambos lados de la puerta. No estaban en condiciones de enfrentarse a dos hombres en un escenario que les era desconocido. Tobías intentaba encarnizadamente cavilar otro plan, pero sólo acudían a su mente locuras. Y antes que aceptar la muerte resolvió probar la más excéntrica.

Apuntó a su compañero a la cabeza.

— ¡Alto!

El otro, absolutamente estupefacto, se quedó inmovilizado.

— ¡No disparéis! ¡Vamos a entrar!

Le agarró del hombro y le empujó violentamente dentro de la sala. El pobre Fileas acabó de rodillas en el suelo notando el cañón de la pistola en la nuca. Levantó los brazos, compungido.

— ¡Se acabó el juego! ¡De rodillas, tira el arma! —gritó, aunque el expolicía ya había hecho todo eso, y no hizo sino aumentar su confusión. Los otros, igualmente cogidos por sorpresa, se incorporaron con cuidado aguardando una explicación. Ambos habían dejado de disparar.

— Llevo mucho tiempo queriendo entrar en la OCCA, pero no sabía cómo. Todo este lío me ha servido una oportunidad en

bandeja, y no la voy a dejar pasar. Estoy hasta los cojones de El Centro y toda su corrupción, y de que me traten como una mierda. Esto acaba hoy.

Los otros dos seguían sin articular palabra, mirándose con la boca abierta. Pero su expresión ya no era de hostilidad.

— Soy agente entrenado, estoy en las fuerzas especiales, puedo ser muy útil. Puedo trabajar como agente doble, o hacer lo que me digáis.

Fileas, que había ido temblando cada vez más de forma progresiva según hablaba Tobías, sintió ganas de sollozar. Nunca debió haber confiado en aquel delincuente, tenía que haber escapado en cuanto tuvo oportunidad. Ya era tarde, todo había acabado para él.

— Eso suena demasiado bien para que me lo crea —dijo el capataz por fin—. No nací ayer. Y aunque fuera cierto, no estoy dispuesto a perdonarle la vida al que se la ha quitado a mis hombres, no importa cuánto valga.

— Te equivocas. No he matado a ninguno de los tuyos. Están a salvo, atados y amordazados en la sala de control del nivel 3.

El jefe, al oír eso, suavizó el rostro. Si era cierto, había una esperanza de que el agente no mintiera. La Agencia no se caracterizaba por hacer prisioneros. Sin perder de vista a Tobías, fueron en grupo hasta una habitación anexa con un par de interfaces en las que se mostraban imágenes en tiempo real de cámaras de seguridad. Seleccionó la etiquetada como «SALA SERVIDORES».

Era cierto. Allí seguían, ambos atados y uno aún desmayado.

Esto suponía un cambio de planes. El capataz se sentía como si le hubiese tocado la lotería. Su encargo inicial de investigar a Fileas y rastrearle para averiguar su conexión con El Centro carecía ya de importancia: la incorporación de un agente doble a sus filas le reportaría mucho más, especialmente a los ojos de sus superiores, que aquella pequeña operación montada con prisas.

Pero primero necesitaba comprobar su lealtad y despejar toda duda, por lo que ordenó a Tobías matar al desdichado cautivo.

— Sin problema, pero creo que primero deberías dejar que lo interrogue. Iba a participar en un proyecto secreto del que no se sabe nada, llevo tiempo tras él. Dame una oportunidad, seguro que sé cómo hacerle hablar. . .

El capataz accedió. Los cuatro hombres bajaron hasta la sala de interrogatorios. Fileas caminaba a rastras como un muerto en vida. Una vez allí, mientras los dos miembros de la OCCA se situaban uno en cada esquina, cruzados de brazos y prestos a no perder detalle, Tobías sentó a la fuerza a su compañero en la silla tras recogerla del suelo y comenzó a golpearle fuertemente. El otro sufrió una leve incontinencia urinaria y estuvo a punto de romper a llorar. No podía haber acabado peor.

— Así que a currar para El Centro, ¿eh? Pero eso no es todo, encima hasta hace nada eras poli. . . No me podrías dar más asco —le escupió casi, cogiéndole por la pechera. Fileas desvió la mirada. Recibió otro golpe.

Tobías se apartó, y se lo quedó mirando de forma intensa unos segundos. Su víctima entonces notó algo. Una ligera presión en el bolsillo. El otro le guiñó un ojo, muy rápido. Por fin lo entendió: en secreto, le había entregado una pistola.

— Sabes de sobra lo que quiero de ti... Así que cuando yo te digo que hagas algo... es... que lo hagas ya.

No habría una segunda oportunidad para él. Hacerlo bien a la primera no era importante, era vital si querían ver un nuevo amanecer. Era todo o nada.

Tobías se apartó de su línea de visión haciendo un giro, y sacando a su vez la otra pistola que se había guardado al tiempo que Fileas comenzaba a disparar tan rápido que parecía una ametralladora. El agente abrió fuego también. Del todo desprevenidos, consiguieron matar a uno de los hombres en medio de la confusión. El capataz intentó escapar pero Tobías le alcanzó en una pierna y cayó ruidosamente con un quejido. Respirando agitadamente, se miraron y dejaron escapar un suspiro de alivio.

Todo había terminado. Estaban sangrando, pero vivos al fin y al cabo. Se taponaron como pudieron las hemorragias, y arrastraron al herido a la sala de servidores junto a los otros dos. Le interrogaron y este, hundido, les explicó su plan original. Dejar escapar a Fileas, seguirle hasta su destino para saber dónde iba a trabajar, y luego coaccionarle para sacar información. Les extrañó que no se marchara de inmediato y pensaron que igual esperaba a que se hiciera de noche, no se imaginaban que mandarían refuerzos a por él. No era alguien tan importante.

Y su plan habría tenido éxito, reflexionó Tobías fascinado, de no haberse metido en medio La Agencia, enviándole para su misión de iniciación. Para ellos, cazar a los de la OCCA era un deporte noble, como para las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado había sido hacer lo propio con alguna de las

bandas terroristas que plagaron el ya lejano siglo XX. En otro momento y en otras circunstancias, seguramente se habrían salido con la suya. Todo había consistido en una cuestión de escoger la ocasión menos oportuna. En una casualidad.

— No sabéis lo que estáis haciendo —dijo el hombre—. No sabéis para quién trabajáis. Están metidos en asuntos muy turbios, proyectos secretos que ni podéis imaginar. Tengo pruebas, pruebas de todo. Os las puedo mostrar si queréis. ¡Tenéis que verlas!

Tobías lo descartó con un gesto, suponiendo que se trataba de un vulgar intento de ganar tiempo y escapar. Fileas, al oír las palabras «asuntos turbios» y «proyectos secretos», sintió despertar un interés creciente dentro de él.

— ¿Asuntos de qué tipo?

Les dio la clave de un portátil donde tenía almacenados documentos confidenciales y les imploró que les echaran un vistazo. Tras amarrarle bien, y sin bajar la guardia, lo desbloquearon. Estos documentos contenían detalles de experimentos en los que se demostraba la investigación de El Centro en un caso de fenómenos paranormales, con torturas y pruebas sobre humanos en lo que parecía ser un antiguo hospital psiquiátrico, así como rumores de la ciudadanía local sobre ceremonias que parecían rituales oscuros. A Fileas se le erizó el vello y olvidó de golpe todas las penurias ocurridas ese día. Le parecía un tema muy interesante, pero Tobías, en cambio, se negó a creerlo. Le parecían paparruchas para deslegitimar a la empresa.

Dejando al capataz y a sus hombres (los que aún vivían) bien asegurados, se dirigieron a la salida, no sin antes recuperar los efectos personales de Fileas. Ninguno estaba en condiciones de trepar por la cuerda, les dolía todo el cuerpo y habían per-

dido una cantidad no despreciable de sangre. Fileas, además, llevaba bajo el brazo el portátil con las «pruebas», que no iba a dejar escapar. Casi enfilando el pasillo final divisaron a los guardias, aburridos, aún en su puesto. Tenían poca munición y aún menos ganas para enfrentarse a ellos, y Tobías se masajeó la frente con fastidio, rezongando, tratando de encontrar una manera de evadirles. En ese momento Fileas recordó los calderos que tan cuidadosamente había preparado aquella tarde antes de descubrir la grieta. Allí seguían todavía. Tras recogerlos, se dispusieron a un lado del pasillo y se colocaron en la boca unos paños que habían cogido de la cocina y humedecido bajo el grifo. Vertieron el contenido de los recipientes y rápidamente se cambiaron al otro lado y se escondieron tras un recodo. El agente hizo un disparo al suelo. Los terroristas, dándose la vuelta alarmados, vieron el denso humo espeso que se estaba generando y pensaron que había tenido lugar una explosión. Corrieron al pasillo para intentar sofocar lo que creían era un incendio, quedando incapacitados entre tosidos y náuseas. Con su atención totalmente anulada, Tobías y Fileas huyeron hacia la salida que había quedado expedita. Nadie patrullaba el exterior, nada les cortaba más el paso. Libres por fin.

Tobías llamó rápidamente a la base para informar del éxito de su misión, y para solicitar un equipo de limpieza que acudiera a imponer la autoridad en aquel sitio. Se aseguró también de gestionar que recibiesen asistencia médica nada más llegar a la sede de La Agencia.

Corrieron hasta el coche del agente. A mitad de camino, este se dio la vuelta para echar un último vistazo a la siniestra y colosal figura del búnker.

«Espero no tener que volver a ver nunca este sitio», pensó.

El refugio de la OCCA en el silo fue desmantelado, pero nada de utilidad se encontró allí y quedó abandonado. De sus antiguos ocupantes nunca más se volvió a saber. La Agencia no dejaba cabos sueltos.

En la misma sala de inteligencia, Tobías recibió las felicitaciones de Germán. Había superado el curso finalmente y ya era todo un agente de pleno derecho. Le estrechó la mano mientras el resto de presentes aplaudían, aunque él no se sentía especialmente orgulloso. Pero tampoco lo necesitaba.

Algo más tarde, el personal de la armería mostró su desconcierto al ver que no había usado nada del equipo.

Tras recuperarse de sus lesiones y concluir su proceso de ingreso, Fileas fue asignado a un puesto de campo para supervisar unos experimentos. No le contaron los pormenores, pero la descripción del mismo rezaba sólo como «asesor paranormal», lo cual le causó excitación, y vio en ello la oportunidad de su vida. Les entregó el portátil de buena fe, pero si fue analizado o no, nunca lo supo pues no tuvo más noticias de ello.

Días más tarde, cuando se encontraba preparando el traslado, recibió el aviso de que aquel nuevo proyecto había sido cancelado de manera repentina. Ni siquiera había llegado a averiguar en qué consistía. No le aportaron ninguna explicación al respecto, y fue destinado a una oficina para trabajo de analista de forma temporal.

Cualquier otro hombre se habría sumido en una depresión. Pero él no. Esto era muy diferente que la antigua vida en la que había estado atrapado tantos años. Ahora trabajaba para El Centro, la empresa de investigación y tecnología más poderosa

del planeta, y eso implicaba una serie de cosas. Para empezar, ahora tenía acceso a todos los recursos y bases de datos que jamás hubiera soñado. Podía llevar a cabo sus propias investigaciones, encontrar respuesta a sus preguntas sin moverse de ese despacho. Lo tenía todo a su alcance.

Sí, cierto era que anhelaba también algo más de movilidad, de ensuciarse las manos, de husmear en persona los misterios que le acechaban. Por mucho que se sintiera cómodo en su puesto actual, sabía que podía aspirar a algo más. . .

Y en eso mismo estaba pensando cuando alzó la vista y vio el mensaje en la bandeja de entrada. No conocía de nada al remitente, pero el asunto captó su atención. Lo abrió.

Leyó con detenimiento, primero una vez, luego otra, y otra. No podía ser cierto. Era demasiado goloso para ser verdad. ¿O no?

Daba igual. El destino mismo se lo había puesto en bandeja, y justo cuando se encontraba pensando en ello. Era una señal. Sí, el universo quería que lo hiciera. Tecleó la respuesta y envió el mensaje con satisfacción. Era muy corta.

«Cuenta conmigo.»

